

sus procedimientos son inquisitoriales, secretos, ocultos, misteriosos; cuando no admiten defensa ni disculpa; cuando su código y sus leyes respiran sangre y venganza, la justicia se convierte en asesinato; y sus jueces, cubiertos con el manto de una falsa legalidad, se trasforman en verdugos, como sucedió en los tribunales secretos á que aludimos, y principalmente en el de la Santa *Vehmé*, titulado: TRIBUNAL SECRETO DE WESFALIA.

Su institucion trae origen de Carlomagno, y se supone con visos de mucha probabilidad, que este emperador lo estableció despues de haber vencido á los fieros alemanes, para domar su carácter impetuoso, sometiéndoles á los fallos terribles de un tribunal, cuya formidable autoridad no podían eludir ni rechazar con las armas en la mano ni con sediciones y motines, porque ignoraban los procedimientos secretos y tenebrosos de los jueces destinados á vigilar su conducta y condenarles. Sea como fuere, lo cierto es que la Santa *Vehmé* tenía largas ramificaciones en toda la Alemania, y que la historia de los tribunales secretos de la edad media se enlaza tan estrictamente con la suya, que se les puede considerar á todos como una institucion única en los vastos dominios septentrionales de Carlomagno.

Hasta mediados del siglo pasado el triste recuerdo y los pormenores terribles de la Santa *Vehmé*, quedaron envueltos en el túpido velo de tradiciones tan oscuras, que eminentes escritores juzgaron mas del caso pasarlas por alto ó hacer de ellas una rápida y ligera mencion, que engolfarse en el piélago insondable de investigaciones penosas y difíciles: Montesquieu en el *Espíritu de las leyes*; Hénault en su *Cronología razonada*; Voltaire en los *Anales del imperio*, hablan confusa y superficialmente de la Santa *Vehmé*. Pero las nuevas y laboriosas tareas, emprendidas por ilustres sabios, á principios de este siglo, con objeto de disipar las tinieblas y el silencio de los antiguos archivos, en que está depositada aun la historia de las instituciones mas memorables de la edad media, nos han colocado hoy en mejor terreno, y puesto en el caso de poder comunicar á los lectores una multitud de noticias peregrinas y curiosas acerca de la materia que nos ocupa.

En Dortmund, ciudad de los Estados prusianos en Wesfalia, se encontró, hace ya muchos años, el código de la Santa *Vehmé*, cuyo título, literalmente traducido del alemán, es este: CÓDIGO Y ESTATUTOS DEL SANTO TRIBUNAL SECRETO DE LOS FRANCO-CONDES Y FRANCO-JUECES DE WESFALIA, QUE FUERON ESTABLECIDOS EN EL AÑO 772 POR EL DIFUNTO EMPERADOR CARLOMAGNO: EL REY ROBERTO CORRIÓ EN EL 1404 LOS DICHOS ESTATUTOS, Y DESPUES DE HABERLES IMPRESO NUEVAMENTE SU SELLO, LES CAMBIÓ Y AUMENTÓ EN VARIOS PUNTOS PARA CONFORMARSE CON LO QUE EXIGIA LA ADMINISTRACION DE LA JUSTICIA EN LOS TRIBUNALES DE LOS ILUMINADOS (1).

En la primera hoja de este código famoso se lanzan fieras y horrendas amenazas contra los profanos que osáran leerle, y se dice que el que perpetrará tamaño crimen, será

(1) V. la obra francesa titulada *De las sociedades secretas en Alemania y en otros países*, de la secta de los iluminados, del tribunal secreto, del asesinato de Kotzebue, etc. etc., Paris, 1810.

Los franco-jueces se dieron á sí mismos el nombre de *iluminados*, porque suponían tener en sus manos la antorcha de la luz divina y de la eterna justicia. Es menester, pues, no confundir á esos *iluminados* con los nuevos sectarios del mismo nombre, cuyo jefe fué á fines del siglo pasado WESHAUPT.

SEGUNDA SERIE.—1862.

entregado en el acto á los puñales de los francos-jueces. La eleccion de estos magistrados misteriosos fué en un principio privilegio esclusivo de los emperadores alemanes, que pertenecian á la Santa *Vehmé*; pero andando el tiempo los franco-jueces se arrogaron el derecho de elegir por sí mismos los candidatos, bajo el secreto de este juramento terrible, dictado por su Gran-maestre al recipiendario: «Juro ser fiel al tribunal secreto y defenderle contra mí mismo, contra el agua, el sol, la luna, las estrellas, el follage de los árboles, todos los seres vivientes, todo lo que Dios ha creado entre el cielo y la tierra, contra todos los hombres. Juro sostener los fallos del tribunal secreto, ejecutarlos y hacer que otros les ejecuten. Prometo y juro, que ni la dulzura de los afectos, ni el dolor, ni el dinero, ni los parientes, ni las otras cosas creadas por Dios, podrán obligarme á infringir este juramento. No revelaré jamás los misterios del tribunal secreto; no advertiré á nadie de los peligros que le amenazan; delataré á mis padres, hermanos, hermanas y amigos, sin excepcion ninguna, si el caso lo exige.—Dios y sus santos me asistan.»

Cumplida esta ceremonia, dice el código, que el recipiendario repartía el regalo de costumbre, dando á cada franco-juez de primera clase una pieza de oro; á los de la segunda, una de plata; y á los de la tercera, media cuba de vino y un sombrero. Los que fallaban, pertenecian todos á la primera clase, y se les distinguía con el nombre sencillo de *francos-jueces*; los encargados de ejecutar las sentencias, y cuyo nombre era *verdaderos francos-jueces*, ocupaban un puesto inferior; los últimos, llamados *santos jueces del tribunal secreto*, debían vigilar la conducta de los particulares, recorrer las ciudades y referir á la Santa *Vehmé* todo lo que suponían, que caía bajo su jurisdiccion.

Los franco-jueces tenían signos convencionales y palabras misteriosas para conocerse mutuamente, estando en medio de los profanos; y tan luego como un candidato quedaba admitido en el tribunal secreto, despues de haber pronunciado su juramento, el Gran-maestre le comunicaba los primeros y las segundas.

En los antiguos archivos de Herfort en Wesfalia se encontraron, entre varios documentos relativos á la Santa *Vehmé*, hace ya algun tiempo las iniciales siguientes: S. S. S. G. G. Los sabios alemanes las interpretaron en esta forma: STOCK, STRICK, STEIN, GRAS, GREIN, á saber: PALO, CUERDA, PIEDRA, YERBA, LLANTOS. Se cree, con algun fundamento, que estas palabras misteriosas, que servían de paso, indicaban al propio tiempo los castigos reservados á los profanos, que osáran introducirse furtivamente en el tribunal secreto, cuyas asambleas, siempre nocturnas, se reunían en grandes subterráneos ó en el fondo de las cavernas. Las palabras referidas algunas veces se sustituían con otras; pero de la misma índole, y su sentido alegórico y misterioso respiraba siempre crueldad, venganza, sangre. En fin los franco-jueces daban un aspecto terrible y aterrador á todos los actos mas indiferentes de la vida: Juan Agrícola nos dice terminantemente, en su explicacion de los antiguos proverbios alemanes, que cuando asistían á algun banquete, se daban á conocer entre sí, colocando la punta de los estuches de sus cuchillos hácia el centro de la mesa, y la de estos últimos hácia uno de sus lados.

Todas las iniciaciones y ceremonias de la Santa *Vehmé* eran misteriosas y lúgubres: todos sus procedimientos lle-



vaban el timbre de la mas despótica violencia, envuelta en las tinieblas del secreto, y en el manto de una hipocresía inexorable, que perpetraba horrendas crueldades y actos atroces bajo el pretexto de su inmenso amor á la justicia, como nos lo demuestra la série de artículos que vamos á es- tracter del código, que conocen ya los lectores.

Cuando se abrian las sesiones de la Santa *Vehmé* sin el Gran-maestre, el *franco-conde*, que hacia sus veces, sentado en una especie de butaca, y teniendo á su lado un sable con un báculo ó un ramo de sauce, hablaba en esta forma á sus colegas, los iluminados: «Os pregunto, si son estos realmente el parage y la hora en que yo pueda juzgar las causas llevadas ante el Santo tribunal.» Los iluminados contestaban: «El Gran-maestre te ha investido de todos sus poderes (1).» El *franco-conde* respondia á su vez: «Me conformo con las palabras que acabais de pronunciar.» Cumplida esta ceremonia, elegia siete *francos-jueces* para que le asistieran á fallar, y dirigiéndose á toda la asamblea, decia: «Prometo seguridad y proteccion á mis integros colegas, á todos los que están aquí presentes, y les declaro instalados, como es de derecho.» Los *francos-jueces* debian tener la cabeza descubierta durante la sesion; no podian llevar guantes, y se les permitia únicamente presentarse con su manto echado al hombro: todas las sentencias de la Santa *Vehmé* respiraban sangre.

Si un profano se introducía furtivamente en la asamblea, se le ahorcaba por los pies al árbol que estaba mas cerca; si á uno de los miembros del Santo tribunal se le culpaba de algun delito, y sus cohermanos juzgaban que merecia la muerte, se le arrojaba una soga al cuello, y se le estrangulaba despues de haber pronunciado el Gran-maestre estas palabras terribles: «Te condeno á ser ahorcado, conformándome con las leyes del tribunal secreto, y en atencion á que tú has merecido este suplicio por tus delitos, entrego tu cuerpo á los cuervos y á todos los pájaros y animales que habitan en el aire; recomiendo tu alma á Dios; declaro viuda á tu esposa y huérfanos á tus hijos.» Los que revelaban los secretos de la Santa *Vehmé* debian ser ahorcados siete pies mas alto que todos los demás: el código se espresa acerca del particular en esta forma: «Al culpable se le vendarán los ojos; se le atarán las manos detrás de las espaldas; se le echará una cuerda al cuello; se le pondrá boca abajo; se le arrancará la lengua por la nuca, y se le ahorcará por los pies hasta exhalar el último suspiro.» Emitida la sentencia y ejecutada, el Gran maestro arrojaba en medio del subterráneo una rama de sauce, los *francos-jueces* escupian sobre ella y aprobaban el fallo, estando todos de pie, con la cabeza descubierta y desarmados.

Todas las sentencias del tribunal secreto eran inapelables; y cuando los *francos-jueces* condenaban á hombres, que no pertenecian á su gremio, mandaban fijar la setencia por manos desconocidas, durante la noche, en los muros de la casa de la victima infeliz, ó en la estatua de algun santo cerca de su vivienda, ó en el tronco de un árbol en campo raso. La sentencia concedia siempre al condenado seis semanas de dilacion para prepararse al gran viage que debia llevarle al otro mundo. Ningun oficial de justicia iba á bus-

carle para comunicársela; y llegaba á sus oídos, porque las guardias nocturnas ó los pasajeros, que la habian visto y leído, le anunciaban su fatal desventura. Desde aquel momento su muerte era inevitable: si intentaba huir, le acometian y asesinaban personas desconocidas; si se encerraba en su cuarto, se le encontraba cadáver sin poder averiguar la mano homicida.

Algunas veces al culpado se le perdonaba, si pertenecia á los miembros del Santo Tribunal, y no habia revelado el secreto. En casos semejantes debia presentarse á la Santa *Vehmé* acompañado de dos *francos-jueces*, con una soga al cuello, guantes blancos, las manos juntas como suplicante, y debia postrarse al suelo, pidiendo gracia: despues de esta ceremonia muy humillante quedaba absuelto.

Aunque todos los escritores antiguos, que nos hablan de la Santa *Vehmé*, dicen que la condena contra los profanos, que no formaban parte del gran cuerpo de los *francos-jueces*, se lanzaba en la oscuridad y el silencio de la noche, sin intimar al culpado que se presentara al Santo Tribunal, es de suponer que habia casos excepcionales en que no se observaba esta regla, si es cierto lo que está consignado en una vieja crónica: este documento se espresa en la forma siguiente: «Los tribunales secretos podrán tener sus sesiones en todos los lugares ignorados y desiertos: esta circunstancia pondrá al acusado en la imposibilidad de adivinar, en donde los *francos-jueces* se han reunido. Tan luego como el acusado recibiera la intimacion, deberá trasladarse tres cuartos de hora antes de la media noche al lugar mas vecino de su casa, y allí se encontrará con un *franco-juez*, que le llevará en silencio al tribunal, despues de haberle vendado los ojos.»

En esta coyuntura no queremos pasar por alto, que en los baños de Baden, á poca distancia de Rastadt, bajo el antiguo castillo de los margraves (1), situado sobre una montaña, existe todavía un gran subterráneo, en donde se cree, que se reunian los *francos-jueces*.

La Santa *Vehmé*, cuyo solo recuerdo nos inspira horror, y hace estremecer la humanidad, llegó á adquirir una gran importancia política á fines del siglo XII, despues de haberse apoderado de Wesfalia el arzobispo de Colonia en el año de 1182. A mediados del siglo XIV se establecieron en toda la Alemania otros tribunales secretos sobre el mismo modelo; y sabemos que los magistrados mas distinguidos, los hombres adictos á la diplomacia, los principes reales y tambien los monarcas, solicitaban á porfia ser admitidos en el número de los *francos-jueces* de la Santa *Vehmé* ó de otros tribunales por el mismo estilo, á fin de evitar los graves riesgos á que se veian espuestos y una muerte violenta y alevosa. Tenemos todavía cartas particulares en que se dice terminantemente que en el consejo de Carlos, margrave de Baden, y en los ayuntamientos de Basle, Worms y Ulm habia *francos-jueces*.

El emperador Sigismundo en la última mitad del siglo XIV, los emperadores, Alberto IV. y Federico III. en el siglo XV, intentaron poner freno al poder formidable de los tribunales secretos; pero podemos afirmar, con visos de mucha probabilidad, que vieron en gran parte frustrados

(1) Cuando presidia las sesiones el Gran-maestre, se suprimian las palabras: «El Gran-maestre te ha investido de todos sus poderes,» porque este hablaba en su propio nombre.

(1) Esta palabra se compone de dos vocablos alemanes, que significan *frontera* y *conde*, porque en un principio se aplicó á los que gobernaban en Alemania ciudades fronterizas; pero andando el tiempo, este mismo titulo se dió á los principes independientes de varias provincias alemanas.



sus esfuerzos, si es cierto, como nos han dejado escrito autores muy fidedignos, que en tiempo de Federico los *francos-jueces* ascendían á mas de cien mil, y que los tribunales secretos desaparecieron en el siglo XVI. despues de haberles dado el golpe de gracia Carlos V. emperador de Alemania y rey de España.

Esta es la historia compendiada de esos tribunales de sangre. Es de advertir, sin embargo, que en las crónicas alemanas de la edad media figuran bajo una multitud de nombres, y que esta particularidad ha dado márgen á graves errores acerca de sus constituciones y reglamentos, y al aserto infundado de que habia tribunales secretos que no traian origen de la Santa *Vehmé*. Nosotros, á fin de disipar toda esta confusion, vamos á referir los nombres que se dieron indistintamente á la Santa *Vehmé* y á los demás tribunales secretos, considerándolos como una institucion única. Tituláronse: REMGERICHT, tribunal de Wesfalia, HEIMLICH ACHT, tribunal secreto, HEILIGE HEIMLICH RECHT VISENDE ACHT, tribunal santo, secreto y justo, VEHMEDING, tribunal veimico ó femico, Santa *Vehmé*, á saber, tribunal que condena desterrando ó separando de la sociedad, FREYDING, tribunal franco ó libre. Pero esos tribunales tenebrosos, esos tribunales, cuyos procedimientos fueron siempre oscuros, secretos y envueltos en el velo del misterio, esos tribunales, en fin, que esparcian el terror hasta en los hogares domésticos de las personas mas inofensivas ¿fueron siempre perjudiciales á los ciudadanos y á todo el cuerpo político? ¿no produjeron ningun efecto saludable? ¿su institucion primitiva fué tan mala como figura hoy en la historia? ¿no degeneró andando el tiempo? Estos puntos muy áridos y difíciles de resolver, los trataremos en el artículo siguiente.

(Se continuará.)

SALVADOR COSTANZO.

## DAMASCO.

Poetas, pintores, historiadores, viajeros, todos hablan con entusiasmo de la belleza del paisaje que rodea la capital de la Siria. Mr. Porter despues de cinco años de permanecer en aquella gran ciudad, no se cansaba de admirar la frescura, la fertilidad de su llanura, sus vergeles, sus jardines, lo cristalino de sus manantiales, sus corrientes de agua viva, sus encantadoras sombras, la variedad de sus perspectivas, la grandeza de sus horizontes.

Cuando Lamartine y su familia viniendo de Balbeck divisaron por primera vez al salir de un desfiladero el valle de Damasco, se pararon dando un grito. Era un éxtasis.

«Me acerco, dice el poeta, y penetra mi vista al través de una gruta de la roca, en el mas magnífico y extraordinario horizonte que ha asombrado jamás la mirada del hombre. Era Damasco y su desierto sin límites, á algunos centenares de pies bajo mis pasos. La mirada caía desde luego sobre la ciudad que rodeada de sus murallas de mármol negro y amarillo, flanqueada de sus innumerables torres cuadradas de distancia á distancia, coronada de sus esculpidas almenas, dominada por su bosque de minaretes de todas formas, surcada por los siete brazos de su río Bándara y sus arroyos

sin número, se estendía hasta perderse de vista en un laberinto de floridos jardines, echaba sus inmensos brazos aquí y allá en la vasta llanura sombreada por todas partes, por todas partes ceñida por un bosque de diez leguas en contorno de albaricoques, sicomoros, árboles de todas formas y de verdor de todos matices. Parecía perderse de tiempo en tiempo bajo la bóveda de aquellos árboles, despues volvía á aparecer mas lejos en anchos lagos de casas, de arrabales, de aldeas: laberinto de jardines, de vergeles, de palacios, de arroyos donde se perdian los ojos y no se separaban de un encanto sino para encontrar otro. Ya no caminábamos apiñados todos en la estrecha abertura de la hendida roca, como en una ventana. Contemplábamos tan pronto, en medio de exclamaciones, tan pronto en silencio, el espectáculo magnífico que así se desarrollaba repentinamente y todo entero á nuestra vista.»

Seis dias despues al salir de Damasco el ilustre viajero, se hallaba todavía bajo la influencia de su encanto, y escribía: «Comprendo que las tradiciones árabes coloquen en Damasco el sitio del Paraíso perdido. Ningun lugar de la tierra recuerda mejor el Eden. La vasta y fecunda llanura, los siete ramales del azulado río que la riegan, el magestuoso marco de las montañas, los esplendentes lagos que reflejan el cielo sobre la tierra, la situacion geográfica entre los dos mares, la perfeccion del clima, todo indica al menos que Damasco ha sido una de las primeras ciudades edificadas por los hijos de los hombres; uno de los primeros altos de la humanidad errante en los primeros tiempos... A la salida del desierto, á la embocadura de los llanos de la Celesiria y de los valles de Galilea, de Idumea y del litoral de los mares de Siria, necesitaban un descanso encantado las caravanas de la India: este es Damasco. El comercio ha llamado allí á la industria, Damasco semejante á Lyon es una vasta manufactura.»

Damasco, en efecto, es célebre por la superioridad de sus fábricas de telas y de seda, pero no hay que pedirle ya las finas hojas de acero que tan célebre y famosa la habian hecho antes del siglo XV: la mayor parte de los sables y puñales que hoy venden como damasquinos sus armeros, están fabricados en Europa y particularmente en Bélgica.

Hay numerosos y bien surtidos bazares, entre otros los de los plateros, mercaderes de pipas, de sillas de montar, que sirven de recreo y de estudio al viajero, porque vendedores y compradores no han perdido nada de su carácter oriental. En ninguna otra ciudad de la Turquía asiática se halla tanta originalidad en las costumbres, en los trages y en las fisonomías. El tipo de los damasquinos es altivo, bello y feroz: las mugeres no se presentan sino vestidas con largos mantos blancos y velos negros con dos agujeros á la altura de los ojos.

En el centro de la ciudad se levanta la gran mezquita de los Omniadas, que parece haber sido construida sobre las ruinas de un templo romano reemplazado durante algunos siglos por una iglesia cristiana. Tres minaretes la coronan: el minarete de Jesus, de ochenta metros de alto; el minarete de la Desposada, y el minarete de Oriente. El santuario tiene de largo ciento-cuarenta metros y de ancho cuarenta, y está dividido en tres naves sostenidas por columnas de orden corintio. Cerca del trayecto hay colocado sobre una bóveda, donde segun la tradicion se conserva en una caja de oro la

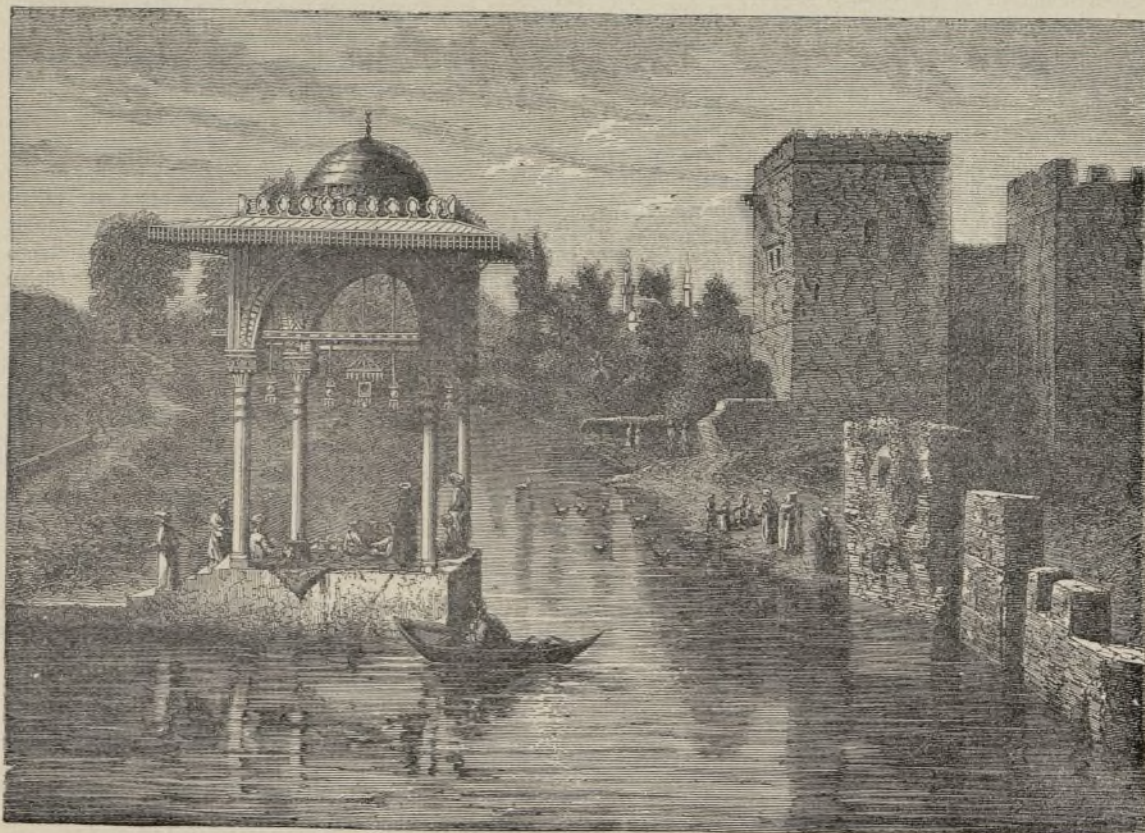


cabeza de San Juan Bautista, un elegante y pequeño edificio, de madera esculpida, cubierto de una cúpula. Entre las otras mezquitas en número de trescientas, se notan muchas ricamente adornadas de mármoles y de mosaicos, y unidas casi todas á escuelas elementales de las que algunas tienen muy buenas bibliotecas.

Después de la mezquita de los Omíadas, el mas bello monumento de Damasco es el Kan-Assad-Pachá, que sirve á la vez de bolsa y de fonda; su puerta de mármol blanco y negro se considera como una de las obras maestras de la arquitectura árabe. Su cúpula sostenida por cuatro pilares de

mármol blanco y negro, domina otras ocho cúpulas mas pequeñas del mas gracioso efecto.

El interior de las casas ricas es de una rara elegancia y de un lujo esquisito. El mármol, las fuentes, las corrientes de agua viva, los naranjos, los limoneros, los rosales, mantienen en ellas una perpétua frescura. Las calles a. contrario, son tristes, estrechas y mal sanas. No es prudente á un europeo andar por ellas sin disfraz y sin escolta. La intolerancia y la crueldad de los damasquinos es por desgracia harto conocida. El recuerdo de las matanzas de los cristianos en el año de 1860, arrojará por mucho tiempo una siniestra som-



Una vista de Damasco.

bra sobre esta fanática ciudad. En los días 9, 10, 11, 12 y 13 de julio, el cuartel de los cristianos de Damasco, fué presa del pillage, del incendio y de la mas cruel carnicería.

¿Cómo un pueblo manchado con semejantes crímenes se alabará todavía de habitar en el antiguo Eden? ¿Quién recordará de hoy mas de la familia del primer hombre sino Cain?

### LA CATEDRAL DE BAYEUX.

UNA OBRA MAESTRA DEL GENIO MODERNO.

El Domingo de Pentecostés del año de 1854, después de haber salido la inmensa muchedumbre que llenaba la cate-

dral de Bayeux, esa maravilla gótica de la Normandía, un fracmento de la arcada del Norte del coro se desprendió en el vacío y cayó sobre las sonoras losas haciéndose pedazos en ellas con el estruendo de una explosión.

Una hora mas pronto hubiera sido una gran desgracia, tal vez una gran catástrofe.

Una hora mas tarde era una consternación general, y á la mañana siguiente en la Francia toda entera, y muy pronto en todo el mundo religioso y artístico espuesto á ver perecer uno de sus mas queridos monumentos y de sus mas bellas obras maestras.

La caída de aquella piedra en efecto era una advertencia que no se podía desatender.

Los pilares, la gran nave, la soberbia torre octógona de la catedral amenazaban ruina, é iban á hundirse el día menos pensado.



Preciso fué desterrar á los fieles de las tres cuartas partes del santuario, llenarlo de puntales, de vigas, andamios, apearlo y á oír á los inteligentes condenar á la demolición la famosa torre y la cúpula misma cuarteada y con grietas desde hace mas de cuatrocientos años.

Júzguese los gritos desesperados de la ciudad, de la diócesis, de la provincia y del obispo de Bayeux.

Llegaron estos gritos hasta el emperador que envió allí á Mr. Eugenio Flachat, el célebre inventor del embarcadero de ferro-carril de Oeste, de los mercados centrales de París, y de la milagrosa reparación del puente de Asnieres, verificada en 1848 sin interrumpir el servicio del camino de hierro.

Mr. Flachat examinó la catedral condenada á ser demoli-



Vista de la catedral de Bayeux.

da y se encargó de salvarla con menos de un millon de francos, la cuarta parte de lo que hubiera costado su demolición, la centésima de lo que se hubiera gastado en reedificarla. Y este inaudito prodigio se ha verificado desde 1855 á 1858 y es la mas curiosa novela arquitectónica del siglo y del mundo.

Para dar una idea en algunas palabras, figúrense nues-

tros lectores el inmenso edificio apuntalado y sostenido en el aire con puntos de apoyo que hubiesen asustado al mismo Arquímedes; figúrense los cimientos, los pilares y los muros rehechos por debajo de un cabo á otro y de alto á bajo sin que un trabajo semejante quebrantase el fantástico equilibrio; figúrense por último en el desenlace la gigantesca torre levantada de su base secular, volviendo á bajar



intacta á su sitio y volviéndose á asentar por toda la eternidad sobre aquella misma base ya para lo sucesivo inquebrantable.

Y todo sin el menor deterioro de los cincelados mas finos, de los vidrios mas delicados. Así no solamente la catedral de Bayeux se hallaba sana y salva sino que se habia encontrando el medio de restaurar de la misma manera todas las obras maestras mas ó menos amenazadas de hundirse de la antigua arquitectura. Bendito sea para siempre por la ciencia, por el arte y por la religion el nombre de Mr. Flachat.

Cuando al ir á la inauguracion del camino de hierro de Cherburgo visitamos en 1858 la bella catedral de Bayeux, ya pudimos admirarla en todo su esplendor y tal como la representa el grabado que va unido á este artículo. La fachada tiene cinco pórticos de los que tres tienen puertas con muchas labores. Debajo del pórtico central se abre una gran ventana ojival con balcon trebolado formando cruces en hojas, despues una galería con cinco arcadas, cuyos pies derechos llevan cada uno dos estatuas con doseles esculpidos á calados.

Las estatuitas de los pórticos laterales representan la Pasion y el Juicio final.

Un patio inmediato recibe su sombra de inmensos plátanos: estos son los árboles de la libertad plantados en 1793 y que hoy decoran las puertas de una prision.

Las dos torres cuadradas tienen elegantes flechas rodeadas de puntiagudas torrecillas. La torre octógona con sus ricos calados se alza cual la famosa torre de Burgos sobre el encuentro de la gran nave con los brazos de la cruz de la iglesia.

En el interior se admira, sobre todo en la capilla de la izquierda, las letanías de la Virgen esculpidas como los árboles genealógicos de Cristo, en España. En la cumbre el Padre Eterno en una radiante aureola despliega una bandera en donde se lee la inscripcion. *«Gloriosa dicta sunt de te.»*

En el marco figuran los patriarcas, los profetas y los reyes; y en el campo del cuadro las letanías como armas parlantes: La salida del sol, la escala de Jacob, la puerta del cielo, el arca de la alianza, la estrella del mar, el árbol de la vida, la raiz de Jessé, la rosa sin espina, el templo de Salomon, la torre de David, el pozo de agua viva, el espejo sin mancha, el vaso de incienso, el vellon de Gedeon, la fuente de gracias, la ciudad celeste, y todos esos deliciosos epítetos embriagados de amor y de fé, que los fieles pronuncian delante de la Virgen Santa con ritmo monótono como el movimiento de un incensario lleno de los perfumes de Sir-Hasrim.

El coro de la catedral es gótico, pero la nave es romana: las arcadas se redondean en plena bóveda. Entre las arquivoltas en medallones se reproducen los animales de la edad media, como dragones vencidos, panteras haciendo huir á una hidra, cazadores domando un leon, etc..... emblemas de los triunfos de la fé sobre la incredulidad y de la virtud sobre el vicio.

Una de las arcadas está rodeada de un cordon de cabezas, ó mas bien de máscaras que por su estravagante fantasía y monstruosa fealdad parecen estar copiadas de los ídolos mejicanos ó de los manitous de la Pappouasia. Son caras descarnadas ó gordiflonas, con ojos hundidos ó saltones, bocas con triples filas de dientes, monos, diablos, quimeras, atro-

ces caricaturas con cuernos, florones y plumas del gusto mas bárbaro.

Se reconoce la personificacion de los pecados en el sitio mismo de estos horribles mascarones enfrente del púlpito.

El cripto abierto bajo de la catedral es del mas puro estilo romano, allí es el enterramiento de los obispos de Bayeux. Jamás arquitectura alguna fué mas significativamente sepulcral é invitó mejor á tenderse á lo largo sobre una piedra á la sombra de una bóveda, hasta que suene la trompeta que llame á los muertos al último juicio.

En la sala capitular se enseña una cajita forrada de damasco viejo encerrando la casulla de San Regnaberto: una cajita de marfil con cantoneras de hierro é incrustaciones de plata: una obra maestra, una maravilla procedente del tesoro de Haaroun-al-Raschid por lo menos. Payos reales desplegando sus colas selladas al través de follages mates ó bruñidos forman el sistema de su adorno. Las planchas de marfil de un tamaño extraordinario han debido ser aserradas en espirales en los colmillos de los mas grandes elefantes. Toda la riqueza del mas puro gusto oriental brilla en esta alhaja, estuche de una reliquia.

Al examinarla de cerca se descubre sobre la guarda de la cerradura una inscripcion árabe y el nombre de Alá:

«En nombre de Dios clemente y misericordioso, bendicion completa y gracia general.»

¿Cómo esta caja del califa ha venido á Bayeux para servir de relicario?

Las cruzadas esplican este largo viage, y una tradicion atribuye este regalo á la reina Matilde.

## EL ULTIMO DE LOS FITZGERALD.

HISTORIA DE UN MONO CELEBRE.

Ya sabeis, amables lectoras, que la Irlanda es una de las tres islas que componen la poderosa nacion llamada Gran-Bretaña. Mucho antes de Jesucristo la Irlanda fué gobernada por una infinidad de reyes, cada uno de los cuales reinaba en una provincia, y esto duró hasta el siglo XII, habiendo sido convertida á la religion cristiana hácia el año de 500.

En el siglo IX, los daneses, los noruegos y otros pueblos del Norte, la asolaron completamente y saquearon sus iglesias, desolacion que duró cerca de doscientos años, hasta que fueron espulsados por Brieno Boirive, rey de Irlanda, que trabajó en volver á la Iglesia su antiguo esplendor. Los irlandeses tienen en mucho la antigüedad de su origen, profesando gran respeto á las antiguas familias, cuyos abuelos se han distinguido en la guerra contra los bárbaros. Venerados estos nombres, se cree que su adoracion produce beneficios al pueblo, y cuando se estingue una de estas familias, el luto es general, y se teme que sobrevenga á todos graves infortunios.

Fitzgerald, duque de Leicester, marqués de Kildane, uno de los descendientes del famoso Boirive, tenia el título de rey en la provincia de Leicester: Decimos el título porque los derechos del trono se reducian entonces á muy poca cosa, y mas bien era el jefe de clan, cuyo único distintivo



era una túnica de lana de color de escarlata, que caía sobre los hombros, sujeta al cuello con un grosero broche. Siempre comía solo, y su heredero presuntivo no se sentaba en su mesa más que los días de solemnidad; en cuanto á su esposa, sus hijas y aun sus hijos, comían en una larga mesa con los principales señores: pero la familia real ocupaba un extremo de la mesa, separándola de sus vasallos un enorme salero.

El rey tenía derecho para reunirlos en caso de invasión enemiga, y jamás faltaban á su llamamiento, siendo esto lo único en que lo reconocían por rey; pues por lo demás, había pocas leyes, y solo la superstición los sometía á su soberano, porque la familia de Fitzgerald era una de aquellas cuyos recuerdos históricos inspiraban mas respeto.

Uno de sus abuelos se había cubierto de gloria en un sitio que la ciudad sostuvo contra los daneses, y fué muerto salvando al país. Sin estar canonizado, el pueblo le rezaba como á un santo, y nadie hubiera podido disuadirlo de que velaba sobre ellos desde los cielos, y los protegería mientras reinasen sus descendientes: así es, que estos descendientes poseían el amor del pueblo, y no había un anciano que no contase la historia de esta antigua familia á sus nietos, que se habían acostumbrado á mirarlo como la salvaguardia de su país.

Bien es verdad que los señores de Fitzgerald, envanecidos con su nombre, eran dignos del aprecio del pueblo por su humanidad y el buen uso que hacían del poder.

Acaeció que el último y único de esta raza, se casó y tuvo seis hijas, pero ningún varón, lo que afligió profundamente al país que temió toda clase de calamidades, habiendo algunos que decían que era preciso que el último de los Fitzgerald, hubiese cometido una falta para que Dios lo abandonase. Las hijas del rey redoblaban su bondad y sus cuidados para hacer olvidar que no podían transmitir el nombre de su padre; pero el anciano acogía su afecto con profundo dolor, y jamás familia alguna tan gloriosa por su nombre, fué tan desgraciada como aquella.

Después de muchas novenas, rogativas públicas, y votos de peregrinación, Dios oyó á aquel pueblo, y Fitzgerald tuvo un hijo; suceso que colmó de alegría á todos, y les hizo suspender toda clase de trabajo, entregándose al placer y las diversiones por espacio de quince días.

Había en el palacio un gran mono de la especie de los orangutanes, muy diestro, muy inteligente, y favorito de su amo, de quien era el primer criado, y que pasaba el tiempo en hacer jugarretas á todos los de la casa. Cuando vió que todo el mundo estaba alegre, se alegró tambien; y viendo que acariciaban al recién nacido, tambien lo acarició: pero con tales precauciones, que conmovió á todos los espectadores. Dedicado desde entonces á cuidar al niño, si lo oía llorar, mecía su cuna con la mayor gracia del mundo, y aun lo tomaba en brazos; al principio tuvieron miedo sus padres, mas lo consintieron al notar que lo hacía mejor que cualquier muger, y así muchas veces que le cuidaban, encargaban al mono que hiciese dormir al niño.

Luego que creció, éste se hizo muy amigo del mono, y nadie se atrevió á mortificarle desde que el heredero del trono le tomó bajo su protección. Los dos eran inseparables, y se veía al animal trepar á los árboles á fin de coger frutas para su amo, tomando para él solo lo que éste quería darle: si se caía el niño, los gritos del mono lo advertían, no por-

que necesitara á ninguno para levantarlo, sino porque pensaba que su protegido se había hecho mal, y estaba desesperado.

El señorito, insoportable como todos los niños mimados, pues no querían castigarle porque no enfermase, hacia sin embargo algunas cosas que no se le podían dispensar; pero cuando iban á castigarle, se refugiaba detrás de su mono diciendo: *defiéndeme!* y el animal le defendía tan bien, que nadie se atrevía á acercarse, y casi siempre lo libraba de las correcciones. Así el niño lo estimaba en mucho, porque, á pesar de su mala educación, tenía buen corazón, cualidad que es el germen de todas las demás, y sin la cual las otras no valen nada: convertido á su vez en defensor del mono, cuando éste hacía alguna mala pasada, como por ejemplo quitar al ama su gorro y subirlo á la copa de un árbol, el niño lo defendía, el mono danzaba, y la pobre ama no se atrevía á ponerle un dedo encima.

Escepto estas ligeras bromas, que no turbaban la felicidad de alma viviente, la ciudad de Kildane se hallaba tranquila; el pueblo contaba con el apoyo del cielo, y el rey alzaba la cabeza, no con orgullo, pero sí alegre.

Mas hete aquí, que una noche se oye una funesta campana, se despierta el pueblo, se levanta, vé el cielo enrojecido, y observa que una llama devoradora y enormes columnas de humo se elevan de un monte. Se había prendido fuego al palacio de los Fitzgerald, y como entonces las mansiones reales de Irlanda estaban situadas en medio de los bosques, todo se había abrasado.

El pueblo corre á salvar á su rey; unos sacan en brazos al príncipe, otros se precipitan en la estancia del niño y encuentran á su infeliz madre tendida sin conocimiento sobre el suelo medio consumido por las llamas, al lado del lecho vacío de su hijo; la sacan inmediatamente, ponen en salvo á las hijas, y no encuentran al hijo. En vano los infelices jornaleros hicieron prodigios del valor mas intrépido, y se arrojaron en medio de las llamas, donde perecieron muchos de ellos.

Fitzgerald era detenido á la fuerza por sus vasallos, el último vástago de aquella familia ilustre había perecido, y al menos querían conservar al padre, pues no ignoraban que era perderlo dejarlo ir á socorrer á su hijo.

El palacio se desplomó, mas el viento arrojaba las llamas sobre las casas inmediatas, sin que nadie pensase en cortar el incendio, pues la desesperación se había apoderado de todos los corazones. De repente se oyó un grito agudo lanzado por el mono, que tenía al niño entre sus brazos; él fué el primero que vió el incendio desde el jardín, al instante pasa el foso que cercaba el palacio, trepa por la pared hasta la estancia de su amo, levanta el pestillo de la puerta, la abre, coge al niño medio dormido, y le conduce de tejado en tejado por la parte opuesta á las llamas: hecho esto, gritaba, y el pueblo le respondió con otros gritos de alegría, precipitándose á ayudar á que bajasen tanto el mono como el niño, á los cuales acariciaban indistintamente.

Desde entonces se añadió un mono á las armas del rey, ocupando hoy el primer lugar en el escudo de lord Fitzgerald, duque de Leicester, marqués de Kildane, señor principal de Irlanda.

El mote del escudo es:

CHURM-A-ROO.



## CASA DE HUÉRFANOS EN AMSTERDAM.

Hay en Amsterdam cerca del puente, una casa sobre cuya puerta están escritas estas palabras: *Diakeme-Weer-Hués*, lo que me anunció al pasar por allí por casualidad, que me encontraba delante de la casa de asilo y de educación para los huérfanos y huérfanas calvinistas de la clase pobre. La casa es vasta, de buena apariencia, muy sencilla; uno de sus lados lo baña el Amstel. Entré sin deliberar, y como allí están acostumbrados á visitas, el conserje, sin preguntarme nada, me condujo á una sala bien amueblada, en donde una señora de mediana edad y de una fisonomía linda y amable, se encontraba allí poniéndose un delantal; yo supuse que me hallaba en presencia de alguna pasanta del establecimiento. La señora me sacó del error; era una de las seis diaconisas que vienen alternativamente durante un día á cumplir gratuitamente un deber de vigilancia muy trabajoso. Quise excusarme de serle importuno y dirigirme á alguna subalterna, pero la señora, sonriéndose con gracia me hizo un gesto negativo, cogió un manojo de llaves, é insistió en guiarme ella misma.

La casa poblada de cerca de setecientos huérfanos y huérfanas escalonados desde la primera infancia hasta la edad de diez y nueve ó veinte años, está dividida en dos mitades perfectamente regulares, la una destinada á las muchachas, la otra á los muchachos. La distribución es exactamente la misma en cada una de las dos mitades.

Recorrimos sucesivamente las salas de asilo, de escuela, de lectura, los refectorios, los patios de juego, las cocinas, los talleres, los dormitorios y la enfermería: en todas partes reinaba el orden, la paz, el trabajo, un extremo aseo, un aire de dulce contento. El régimen es sano, suficiente, modesto: por la mañana se distribuye á cada niño dos grandes tortas con manteca; se come á medio día copiosamente; por la noche les dan unas sopas con leche. Las horas de juego se pasan según el tiempo, en una de las salas de lectura, ó en un patio plantado de árboles, cerca del río, donde por entre la verja de madera se ven pasar los barcos. El sistema de educación parece muy juiciosamente concebido y aplicado. Se está muy lejos de descuidar la instrucción propiamente dicha, porque en Holanda se sabe apreciar su necesidad y los beneficios que reporta. Es preciso antes de todo ilustrar las almas, pero la enseñanza de los conocimientos elementales no se separa del de la moral y de la religión. Al mismo tiempo se prepara á los niños á las profesiones que deben ejercer un día: las jóvenes son destinadas muy simplemente á servir de criadas, camareras, costureras y cocineras. Los muchachos aprenden todos los estados manuales. Yo no he visto en la casa sino talleres de zapateros y de sastres; pero fuera se les coloca de aprendices, y hasta que están en estado de ganarse por sí mismos la vida, vuelven por la noche á dormir al establecimiento.

En las salas de lectura la diaconisa hizo notar las sentencias morales escritas con yeso en el encerado, y que se renuevan de manera que las advertencias correspondan al estado moral de los educandos. Se hacen lecturas variadas en las salas durante las comidas.

No sin emoción atravesé la enfermería, donde no hubiera querido entrar. La señora se aproximó á la cama de una niña de ocho años, que en vano trató de incorporarse. ¡Qué hermoso rostro! pero tan pálido, tan demacrado, con unos ojos tan grandes y tan tristes! ¡Pobre niña! cuantos días, horas tal vez, le quedarían aun que vivir! La señora abrió una caja de confites donde la pobrecita enferma echó una codiciosa mirada, y tomó un caramelo; levantó en seguida hacia la diaconisa sus ojos en que se veía pintado el sentimiento mas tierno de gratitud: ¡Oh, doloroso misterio! nacer y no tener ni padre ni madre á quien amar; languidecer algunos años en el sufrimiento y morir! Mi pecho se oprimió, sentí agolpármese las lágrimas, besé los deditos enflaquecidos y abrasados por la fiebre de la niña y huf.

La sala reservada al descanso de la noche, manifiesta particularmente el gran cuidado moral. La caritativa asociación que sostiene el establecimiento, quiere que los niños no echen de menos en lo posible en su asilo la vida de la familia que no les ha sido dado gozar. Pone á su disposición una colección escogida de excelentes libros, la mayor parte divertidos: viages, historia, poesías, y aun me dijo la señora, como quien confiesa una debilidad, algunos cuentos y novelas holandesas de buena moral ó traducidas del inglés y del alemán. En los estantes ví juegos de damas, de chaquete, de dominó, modelos de dibujo é instrumentos de música.

—Queremos, me dijo, evitar absolutamente que se fastidien nuestros huérfanos; á vd. le parecerá tal vez mal, caballero, pero hasta permitimos á los muchachos grandes que ya llevan muchos años de aprendizaje, que salgan á fumar un poco al patio por la tarde; además, en todas partes á su edad, y sobre todo en su condición, se fuma.

Las paredes de muchos grandes corredores están cubiertas de cajas de madera de cerca de un pié cuadrado, cerradas con puertecillas numeradas, cada niño tiene la suya. La felicidad de las muchachas consiste en arreglar en ellas con mucho primor su ropa blanca y los regalitos de sus parientes ó de las maestras; se invitan las unas á las otras para consultarse el orden con que los han de colocar.

Los muchachos, mas traviesos, de mas invención y mas ansiosos de emociones, hacen teatrillos en sus cajones, y muchos de estos cajones son muy curiosos; uno de ellos sobre todo me pareció una pequeña maravilla; era de un rubito de seis á siete años, con unos colores tan frescos como una rosa. Lo habia adornado con estampas recortadas de manera que parecía una decoración de teatro, ó mas bien un poema en miniatura de la vida.

En el primer término se veían flores, pajaritos y niños; en el segundo, unos rebaños de corderitos: mas lejos, soldaditos: viajeros con sus alforjitas al hombro: barquitos en canales: casitas las unas ricas, las otras pobres. Estas escenas se alzaban por escalones hasta montañas, de que el pobre niño jamás habia visto el modelo, y que son tanto más prodigiosas y poéticas; por último sobre cimas de nieve ó cráteres humeantes, el cielo entreabierto, y en la perspectiva se desarrollaba toda la gloria celestial, con una pompa mas católica que calvinista. Todas estas cositas de papel pintado y de imágenes recortadas han costado ocho cuartos, y estoy seguro que interesarían á nuestros mas hábiles pintores de teatro; la imaginación de un poeta se hubiera conmovido. El jóven autor habia convidado á uno de sus compañeros á